

EDITORIAL

Los grandes intelectuales, a través de los siglos, siempre han tenido la iniciativa de construir una educación primaria libre, gratuita y obligatoria como fundamento de la acción individual y colectiva de la gente en el mundo.

Con el transcurrir del tiempo, en la mayoría de los países, es difícil afirmar que efectivamente la educación primaria sea libre, gratuita y obligatoria. Basta mirar hacia nuestro alrededor para comprender esta triste realidad, a pesar de que en las normas constitucionales y los discursos de nuestros gobernantes ese excelente propósito aparece como prioridad.

A comienzos de cada año escolar, la prensa y la televisión dan cuenta de la gran cantidad de padres y familiares de niños agolpados en coliseos, colegios y escuelas, desde tempranas horas de la mañana y repitiendo la jornada, buscando un cupo escolar, muestra fehaciente y parroquial de la afirmación anterior. Un espectáculo triste y desalentador que se repite con insistencias cada año. En nuestro país las cosas han mejorado pero aún no es suficiente.

¿Quién no entiende lo que significa la educación recibida en esas escuelitas de la infancia, con humildes maestros y maestras que nos enseñaban a ser “buscadores de la verdad”, pero, sobre todo, a afianzar, forjar y estructurar las líneas éticas básicas del comportamiento del hombre y la mujer del futuro? Es allí en donde se reciben las impresiones que más van a perdurar por el resto de nuestras vidas y donde se aprende a amar a sí mismo y a los demás.

Así aprendimos a amar a la Patria, utilizando el ejemplo histórico y vivencial proyectado de nuestros próceres, con un noble sentimiento que congrega, porque quien ama verdaderamente a su patria comprende y respeta a los demás; a la inversa del patriotismo, que es bajo y mezquino, presuntuoso, plagado de la vanidad que nos aleja y nos hace odiar. Lo que ocurre con tantas potencias que se consideran superiores por el solo hecho de dominar a las demás naciones.